

Todas, sin contestar, le hicieron un pasillo a la monja, que sin darse cuenta la dejó encarada con Justina.

—¿Qué, qué pasa?

—¿No veis, Sor? —dijo Pepita—; Justinona ha menguado y enflaquecido.

Y Justinona manqueaba y faldeaba el paño de sus estameñas... y se miraba los zapatos.

La hermana inspectora la contemplaba de pies a cabeza sin saber qué decir.

Pasado este primer momento de plural observación, condiscípulas y Sor comenzaron a acercarse y a palparle el tallo; a medirle la manga sobrante; a pisarle las puntas huera de sus zapatos.

—Mire usted qué manga, Sor. ¡Si faltan cinco dedos de brazo!

—¡Si le sobra un dedo de zapato!

—¡Mire!

—¡Mire!

Justinona, con cara de boba y ojos desorbitados, seguía confundida la topografía de su cuerpo que le iban puntereando las compañeras.

Al fin, mirando con tristeza a la hermana, exclamó compungida:

—Habré de escribirlo a casa.

Nadie hizo caso de la observación. Todas seguían con los ojos hincados en el disminuido cuerpo de nuestro personaje.

La hermana inspectora, algo más aliviada de su primera impresión, tomó a Justinona de la mano y la condujo a la madre directora.

...En el dormitorio quedó el más plural y chispeante comentario.

II

El médico a quien se le consultó el caso, encogióse de hombros ante el comentario.

—Extraña cosa, extraña cosa —fué todo su comentario.

* * *

La atención del Colegio entero estuvo dedicada aquel día a la contemplación de Justinona.

La sensación médica se columpiaba, sin dejar de rebullirse, en la mente de todas: apostólicas y alumnas.

Y así, miraban a Justinona; la remiraban; le hacían corros; los deshacían para construirlos más allá, alimentados con la hoguera del fantasmal comentario... Y Justinona, apenas atendía a nadie. Se miraba, pensaba, perdía la vista buscando un quid» y contestaba sólo con monosílabos.

Diéronle nuevo uniforme y nuevos zapatos.

* * *

Cuando llegó la noche todas se habían acostumbrado un poco a la nueva traza de Justinona, que, si de menos volumen, seguía poseyendo idénticas proporciones. Y ya, sin saber porqué, todas la llamaban Justina.

* * *

Llegada que hubo aquel día la prima vigilia, al decir de los romanos, el silencio volvió al Colegio de las Apostólicas. Y pasado que hubo el tiempo, tan raudo en el reposo, llegó la hora tercia, en la que se levantaban las colegialas.

No había dormido Justinona mucho aquella noche, pero el repiqueteo de la campana despertadora la tonó, como de costumbre, en el más hondo sueño.

En el dormitorio, el jaleo de todos los días.

—¿Dónde están mis zapatos?

—¿Dónde mi cinta?

...Y Justinona, al ponerse medrosa el uniforme, al mirarse con temor los zapatos, las mangas y la falda, todo, notó una nueva mengua.

De nuevo se palpó. Y de nuevo, con un estremecido pánico en su voz, llamó a las compañeras; en esta ocasión más rápidas en acudir.

Y otra vez la escena. Pero aquel día el anonadamiento de las espectadoras fué mayor. El tamaño de Justina se había reducido escandalosamente, aún, como siem-